

LA MUSICA CONTEMPORANEA EN ESPAÑA

Lo que más importa de un balance es su saldo. Y lo que más importa para una economía es, además, un saldo favorable. El saldo favorable indica, ante todo, que el negocio puede continuar, y que el mundo, sujeto a él, marcha por buen camino. Esto da la tranquilidad y la seguridad necesaria para mantenernos todos en nuestros puestos, con equilibrio y esperanza.

Un saldo desfavorable es siempre desmoralizador. No sólo representa un negocio en ruina, sino un porvenir en ruina. No sólo la pérdida de una realidad, sino la pérdida de una posibilidad. Pero en arte no suelen cantarse oficios de difuntos, y cuando se hace un balance se sabe positivamente que el saldo es favorable, y el hecho mismo de trabajar en él, de ejecutarle, ya significa prosperidad en el negocio. No hay crítica negativa ni trabajo negativo. Hay solvencia o no solvencia, que quiere decir, existencia o no existencia. Y toda la labor solvente es positiva.

Nos felicitamos de nuevo por un síntoma halagador: el aumento de nuestra bibliografía musical. No quiere esto que ya caminamos el ritmo que debemos caminar. De ningún modo. Falta mucho por hacer, y lo poco que se hace aún lleva la timidez y la

cautela del que teme levantar el vuelo de los pocos pájaros confiados. Sería una lástima que confundiésemos un síntoma general con una personalidad particular. Una personalidad no basta, no es suficiente. Sería más útil que este síntoma representase un estado de favorable propiciación hacia la Musicología. Sería más útil que, aprovechándose de él, nuestros musicólogos se entregasen a la larga labor que los espera. Hasta aquí, nuestra música sólo ha tenido personalidades—casi siempre heroicas—que han trabajado a su arbitrio. Una labor sistemática, común, unida, persiguiendo una clara finalidad, no se ha hecho nunca. Acaso, ahora, en un orden limitado de enseñanza y de manual, la colección Labor esté haciendo algo en este sentido. Desde luego, en España hace tiempo que estamos echando de menos una empresa editorial que, simultáneamente, cumpla unas cuantas misiones desatendidas: que edite música, que edite libros, que edite una buena revista, y que, en caso posible, organice algunos conciertos excepcionales.

Mientras llega esta labor organizada, continua, tendremos que confiar exclusivamente en el azar de ciertas personalidades que existen o puedan existir, y que por sí mismas y con su propio capricho trabajen en las tareas musicológicas. Acaso sea una labor sin unidad, sin continuidad, excesivamente propia y personal. Pero, cuando menos, aun siendo voces aisladas, voces sueltas con excesivo criterio, siempre estará en sus manos una tradición, una rama de cultura que no conviene extinguir.

Una de estas personalidades es Adolfo Salazar, vinculado tan fuertemente, tan sólidamente, a la vida mu-

sical de España. Salazar, después de quince años de lucha comienza, no sólo a recoger frutos—que esto entra dentro de las satisfacciones particulares—sino a articular, a determinar su labor. Desprendida de ímpetus, la acometividad, de directa y diaria, se hace más simpática, más persuasiva, más útil.

Este libro de ahora—"La música contemporánea en España"—que acaba de publicar la Editorial La Nave, es, ante todo, la contribución más útil que se ha podido hacer a nuestra música. Y hubiese encajado perfectamente, por su didactismo, en la colección de manuales Labor. Es un manual. Un manual que estaba haciendo falta, que era necesario para todos los que quieren poseer una idea lineal de nuestra música, desde Barbieri hasta nuestros días.

El público que no llegue a las exigencias informativas de una historia; el público simplemente curioso, deseoso, encontrará en este libro satisfacción indudable para su curiosidad. No tiene ni aridez técnica ni profusión teórica. Más ligero, más conciso y claro que otros libros de Salazar, este de "La música contemporánea en España", significa un acierto grande y está llamado a ser un libro de gran circulación, acaso más que en

España en el extranjero, donde el lector exige precisamente este procedimiento informativo


y panorámico. Es un manual. Pero el autor no hace concesiones de manual. Para esto se necesita otro espíritu, otra servidumbre, otra psicología. Salazar representa un criterio, y, fundamentalmente, trata de imponerle. No anula nunca su personalidad a beneficio de una opacidad de historia. Antes que historiador le importa ser crítico. No se limita a

observar, a exponer, a clasificar. Procede con más pasión, con más vida. Interviene más directamente, más personalmente. Toma posición, es decir, cartas en el asunto. Ya sé que este criterio es, a su vez, uno de tantos criterios con el cual muchos no estarán conformes. Salazar procura salvar de antemano los reparos, adelantándose a dar explicaciones a los posibles disconformes: "Me excuso, desde este momento, respecto a quienes puedan considerarse postergados o valorados en menor escala de la que a sí mismos se aplican; pero una revisión como la que intento en las páginas que siguen, es el fruto de una coordinación personal, de una valoración según un criterio propio. Esto, a lo menos, es lo que he procurado en el presente librito".

Pero siempre que el criterio propio no sea arbitrario—y entonces ya no tiene solvencia crítica,—ningún criterio propio es tan propio como se cree... Y en ello está su valor. Es un criterio compartido, repartido, aceptado por otros. Responde a un estado de público, a una opinión de público.

El libro de Salazar es—acaso—rico en criterios. Después de todo es una cualidad en él constante. Es lo que más le distingue de todos los críticos de España. Siempre ha tenido criterios, y, además, ímpetus para

página para melómanos



sostenerlos, para mantenerlos, para defenderlos. Cosa no muy fácil, sobre todo en ambiente de pequeños límites, donde la sugestión personal llega directa y es casi siempre ineludible. Salazar mismo no está exento de ella, pero sabe disimularla en lo exterior porque tiene, sobre todo, habilidades que ya no son del crítico, sino del escritor. En lo fundamental, en el fondo, que es donde la perspicacia del lector debe buscar la verdad, Salazar tiene de los fenómenos y de los hechos musicales una idea exactísima y un criterio justo.

El volumen alcanza un siglo de música. Se dirá que son pocas trescientas cincuenta páginas para historiar todo un siglo de nuestra música. Pero el libro tiene una técnica lineal, clara, sin linderos de frondosidades ni caminos perdidos en bosques. Todo está podado, esquematizado, esenciado. Es una galería de nuestros mejores músicos. Son estadios, personalidades. Se sigue a la música a través de este esquema como se sigue un paisaje a través de un camino. Desde luego, a un lado y a otro, mezclándose, hay otras direcciones, otras veredas. Salazar no intenta hacer un panorama, una vista general. Se conforma con seguir una línea y exaltarla.

Los puntos por donde pasa el esquema son: Barbieri, Pedrell, Arrieta, Bretón, Chapí, Albéniz, Falla, Gra-

nados, Turina, Del Campo, Esplá y Halffter. Un hilo, un conducto para de unos a otros, ensartándolos, uniéndolos y formando una tradición, una historia. Algunos de estos capítulos tienen un interés extraordinario, como el de Pedrell, por ejemplo, tan reconocido, tan emotivo, tan justo por otra parte para el musicólogo catalán, que representa el hito más alto—la altura y la categoría—de la música en esa época.

El capítulo final ya es un poco obligado por el deseo de dar noticia de casi toda la música actual. Es un pequeño bazar. Es el cuarto oscuro de los encantos. Es el capítulo más confuso y tal vez, a veces, injusto. Hay una obligada mezcla de nombres, ordenados por regiones. Yo sé que hay muchos de ellos que se rebelan, que no se encuentran a punto en el recinto donde los han metido. Sobre todo, hay en él muchos jóvenes que ya merecen—o merecerán pronto—capítulos independientes. Pero en resumen, el libro es un balance de un siglo de música española, con saldo favorable, halagüeño. Esto es lo importante. El final está dicho pronto: ¡sigamos!

César M. ARCONADA.